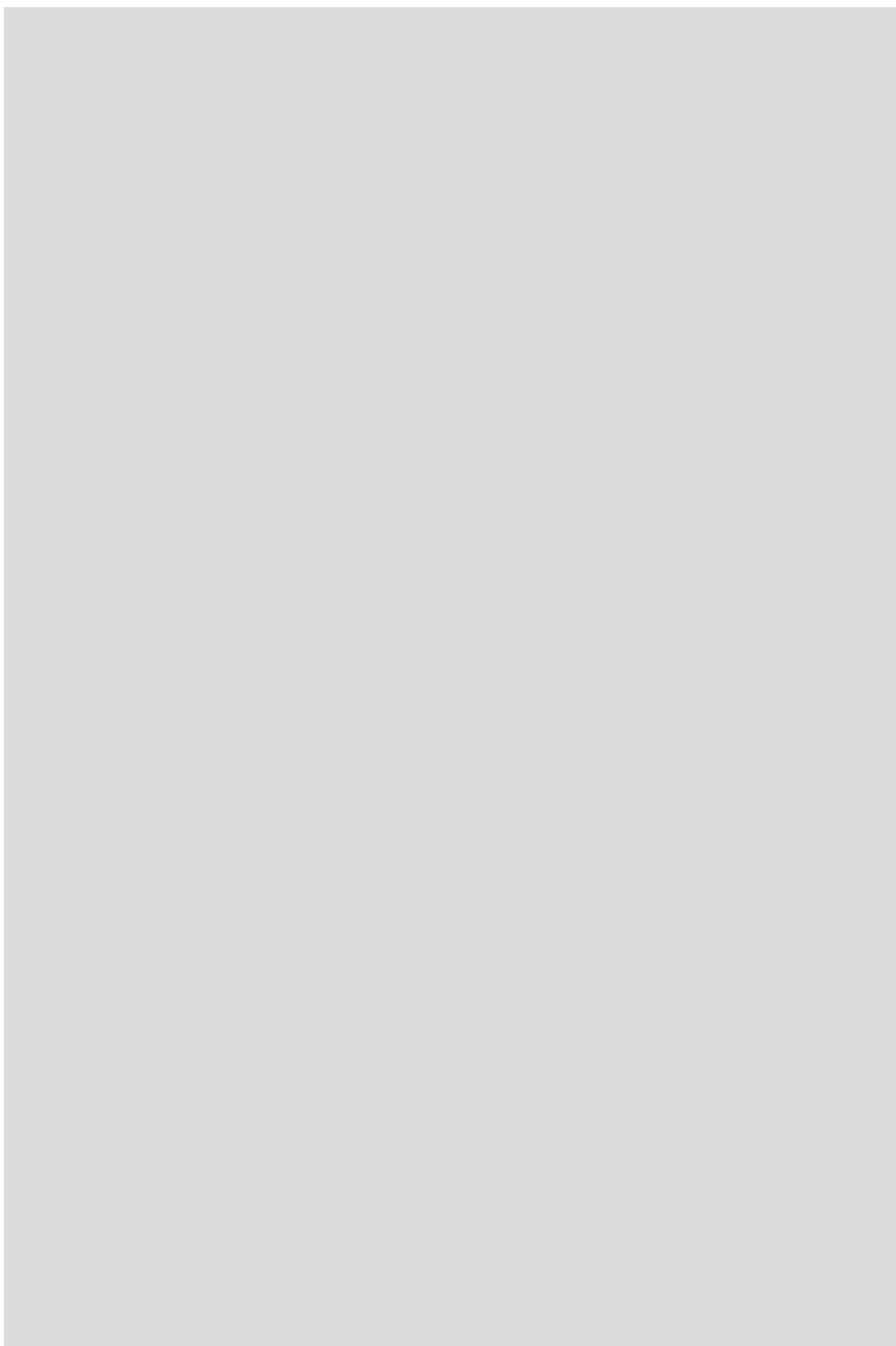


Yo, te maldigo

Pilar Alvarellos Lema



Capítulo 1

YO, TE MALDIGO

Había salido a tomar unas copas con la gente de la oficina para celebrar mi recién estrenado ascenso. La noche transcurrió sin novedad. Allí estaban casi todos mis compañeros del trabajo, arropándome por mi merecido logro, esperado durante muchos años.

Al día siguiente era sábado, no había que trabajar, pero decidí retirarme en una hora que consideré prudencial, aquellas copas me habían dejado un poco tocado y tenía un largo trayecto hasta casa. Debido a que la madrugada, hacia horas que se había estrenado, me permití la predicción de que el camino de vuelta se presentaría tranquilo. Craso error.

Me despedí de cada uno de ellos, con la promesa de volver a vernos en la oficina el lunes por la mañana y salí al aparcamiento, en busca de mi coche.

Como ya me había imaginado, el regreso a casa, por lo menos los primeros kilómetros, se presentaron tranquilos y con pocos coches circulando por esa carretera.

Aquello hizo que me relajara y decidí cambiar la emisora de la radio que tenía sintonizada, a una con música variada, para mantenerme despierto y no adormecerme ante el volante. No estaba borracho, pero si algo mareado. No circulaba a gran velocidad, aunque también he de confesar que alguna que otra vez, sobre todo en alguna recta, hundía bastante el pie en el acelerador.

Pasada la zona urbana, me adentré en una boscosa. Sentí como un escalofrío recorría por mi espalda. Había escuchado muchas historias que pasaban en los bosques de noche, casi todas, por no decir todas, poco amigables, que hablaban de espíritus, brujas, demonios y animales fantásticos. Intenté desechar aquellas ideas de mi cabeza, sin mucho éxito. Aparté la mirada de la carretera durante unos instantes, mientras le daba volumen a la radio, en un intento de aplacar aquellos pensamientos un tanto espeluznantes que invadían, a pasos agigantados, mi mente. Cuando la volví a levantar pude ver una figura que cruzaba corriendo por delante del coche, era pequeña, parecía un animal, tal vez un conejo, una comadreja....

No me dio tiempo de frenar y sentí como impactaba contra el coche. Frené a escasos metros, nervioso, confuso. Intenté tranquilizarme, respiré hondo y cerré los ojos, al cabo de un rato los abrí y miré por el retrovisor, pude ver que allí postrado en medio de la carretera había un bulto, estaba

inmóvil.

Desabroché el cinturón de seguridad y me bajé del coche. Las piernas me temblaban a causa del nerviosismo que me embargaba.

Me acerqué despacio hacia aquel bulto en medio de la carretera y comprobé que se trataba de un perro, no muy grande, no entendía mucho de razas de perros, pero creía que se trataba de un cocker, de pelaje marrón y blanco. Me arrodillé en el suelo junto a él, mis sospechas se hicieron realidad al comprobar que no respiraba. El atropello había sido mortal.

Lo aparté de la carretera y lo puse en la cuneta, no se me pasó la idea de que su dueño lo pudiera estar buscando, aunque a simple vista se veía que no estaba abandonado, su pelaje estaba cepillado y limpio. Pensé que ya no podía hacer ya nada por él, así que decidí irme, no sin antes mirar a ambos lados por si venía algún coche, pero no se escuchaba ningún ruido, salvo los que provenían del bosque. Ruidos que no podía identificar pero que me ponían los pelos de punta, así que me fui de allí como alma que lleva el diablo.

Cuando llegué a casa me había olvidado por completo de aquel perro. Me metí en la cama y me quedé dormido casi al instante.

Un par de horas después de haberme dormido noté que la cama se inclinaba levemente hacia un lado, como si alguien se hubiera sentado en ella, estiré mi brazo derecho y comprobé que a mi lado estaba mi mujer, así que no podía ser ella. Me desperté somnoliento pensando que eran imaginaciones mías. Pero allí a un palmo de mi cara, mirándome fijamente, había una anciana, con la cara surcada de miles de arrugas como si se tratara de un mapa de carreteras. Llevaba un pañuelo en la cabeza, era de color negro igual que el resto de sus ropas. Se inclinó hacia a mí, olía a tierra y me susurró al oído.

“Has matado a mi perro, yo te maldigo”. Y desapareció provocando una ráfaga de aire gélido, que hizo mover las cortinas.

Por la mañana oí gritar a mi mujer, me desperté sobresaltado y quise levantarme para ver qué le pasaba, pero mi cuerpo estaba rígido y no podía moverme. Mis ojos abiertos miraban al techo y a la lámpara que colgada de él. No podía girar la cabeza. Escuché como hablaba por teléfono llamando una ambulancia. Los gritos de mi hija pequeña en el pasillo, se metieron en mi cabeza como si fueran afilados cuchillos.

Gente entrando y saliendo en mi habitación y yo seguía allí postrado sin poder mover siquiera un dedo. Oí lo que los sanitarios le decían a mi esposa, me había dado un infarto mientras dormía, causándome la muerte. Se equivocaban, quise gritarles, sin conseguirlo, claro, de que

estaba vivo, que podía escuchar todo lo que decían.

Creo que me desmayé porque cuando volví en mí, sabía que ya no estaba en mi casa, ni en mi habitación y por supuesto no estaba en mi cama. Me habían cerrado los ojos, así que no podía ver donde me encontraba. Oía los llantos de mi mujer, y murmullos a cierta distancia de gente, como si estuviera rezando. Supe con certeza que estaba en la iglesia posiblemente metido en un ataúd. Entré en pánico, me iban a enterrar y no se daban cuenta de que estaba vivo. Quise gritar, llorar, pero seguía sin poder mover ni un ápice de mi cuerpo. Noté sobre mi cara el aliento de alguien que me estaba observando muy de cerca. Si pudiera mover los ojos, aunque fuera un segundo se daría cuenta de que estaba vivo. Pero mis pocas esperanzas de que alguien me salvara, se esfumaron cuando escuché aquella voz que ya había oído antes. Era la de aquella anciana, la dueña del perro que había atropellado. Esta vez volvió a susurrarme algo al oído.

“Sentirás como tu cuerpo se va descomponiendo poco a poco, minuto a minuto, hora a hora, día a día, semana tras semana y así durante meses y años. Tu alma permanecerá atrapada en él hasta que te conviertas en polvo, luego podrá emprender su último viaje, libre de esta maldición”.

No sé cuánto tiempo llevo aquí metido, porque no tengo manera de medirlo. Siento nostalgia del sol, del aire, de la lluvia, de la cálida sonrisa de mi mujer, de sus besos, de los abrazos de mi hija, de los pájaros, del amanecer. Nostalgia de la vida, desde la tumba oscura, fría y húmeda donde me encuentro, en medio del bosque.